

Caracterización de un contexto histórico incierto.

Mercedes Jones

Bs. As, 2011

*Se acaba la etapa del orden y comienza el tiempo del cambio
como categoría central de la experiencia personal
y de la organización social.*

– Ulrich Beck

En el inicio de los años setenta, época en que el sociólogo argentino Juan Carlos Agulla afirmaba categóricamente “*el cambio no es un proceso es el resultado de un proceso*” y desplegaba su análisis procedual del cambio social relacionado a las estructuras de dominación, Agulla, estaba todavía muy alejado de introducir la palabra globalización en sus explicaciones sociológicas sobre la realidad mundial.¹

De hecho sus alumnos recuerdan que después de haber delineado las características de las “Sociedades Feudales” y el pasaje de estas hacia los “Estados Nacionales”, cuando llegaba a la descripción de la realidad contemporánea, decía: “*este último período, que corresponde a la época actual, es un etapa histórica para la que no encontré una palabra justa y antes de oscurecer su riqueza con un rotulo que limite el análisis prefiero llamarlo <Abracadabra>*”². Y así lo hacía, completando con estilo pausado y tono cordobés su explicación sobre el cambio social y exponiendo en detalle el fenómeno de expansión y crisis de los estados nacionales. (Agulla, 1995^a)

En la década de los noventa, Manuel Castell (1995) introdujo el concepto de “*espacio de los flujos*”, haciendo referencia a los componentes materiales e inmateriales de las redes globales de información mediante las cuales la economía se coordinaba de una forma creciente, en tiempo real, a través de las distancias.

Recién en el año 1998, Agulla expuso formalmente su perspectiva y un año más tarde publicó su libro “*Globalización: Crisis de la Sociedad Nacional*”. Sostenía Agulla que lo que se denomina cambio es el resultado de un proceso. Pero, analizando su

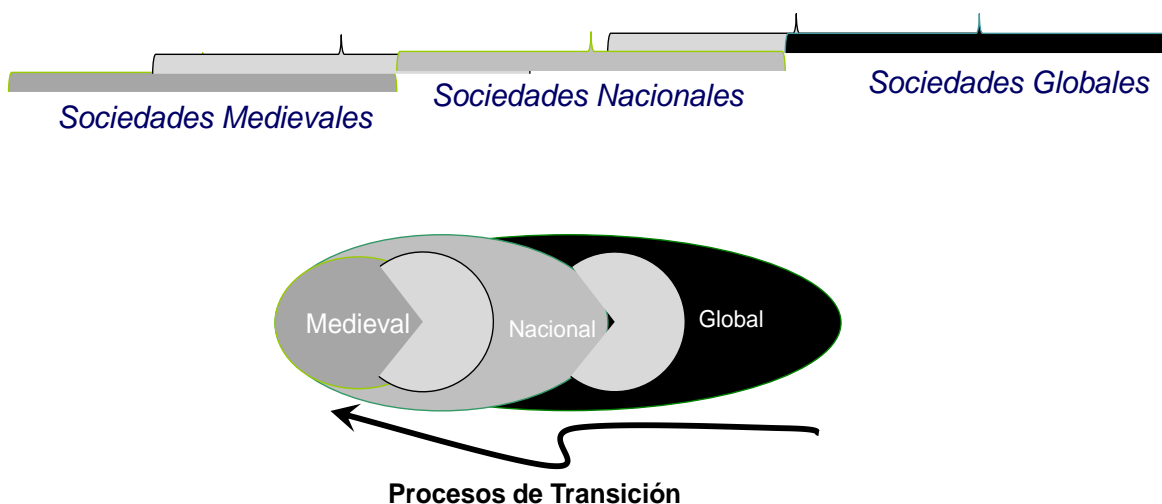
¹ Desde su rol de profesor titular en la Facultad de Derecho de la UBA en donde la autora integró posteriormente su equipo de profesores y en la Facultad de Sociología de la UCA donde fue su alumna.

² Solamente con el correr de los años la autora de este documento supo que la palabra abracadabra tenía diversos significados relacionados con algo parecido a crear de la nada y que para los antiguos tenía un gran poder. Podría decirse que era un enunciado performativo.

razonamiento de aquella época desde la perspectiva actual, es posible pensar que en realidad hacía referencia a micro-procesos. En consecuencia, afirmaba que, hasta que el cambio no se hubiera concretado resultaba poco viable describirlo en profundidad, no era posible explicarlo detalladamente. Se requería un esquema explicativo, que no pretendiera ser un modelo en el sentido convencional, sino un marco teórico flexible que posibilitara comprender el fenómeno aunque éste se encontrara en un proceso inacabado de desarrollo.

Agulla, proveía esta herramienta y postulaba con sutileza la idea de que, en el plano histórico, los cambios sociales transitaban por tres diferentes estadios: 1) Aparición e Integración, 2) Consolidación y 3) Expansión y/o Crisis. Entre un momento histórico determinado y otra situación distinta en la que se consolidaba la nueva organización social existía lo que el autor denominaba un “*Período de Transición*”. Un ejemplo que brindaba Agulla, era el período de transición desde el final del Medioevo en el siglo XIV / XV hasta la aparición de los Estados Nacionales en el siglo XVII, etapa que es conocida como el Renacimiento.

Figura 1: Modelo de Cambio Social - Agulla (1999) Sassen (2010)³



Lo que caracteriza a un período de transición, respecto de cualquier otro momento histórico, es la incertidumbre. Conviven en él elementos “residuales” del modelo anterior y elementos “emergentes” del sistema nuevo. Estos elementos arcaicos chocan y “pelean” con aquellos que prevalecerán en el tiempo. Ambos luchan por sobrevivir. Sin embargo, nadie que viva durante esos momentos históricos turbulentos

³ Elaboración propia

puede garantizar cuáles son los elementos que perdurarán en el tiempo y cuáles no. Esta situación genera resistencia, conciencia de riesgo y perplejidad.

El Renacimiento es el clásico ejemplo histórico de la transición de las sociedades medioevales hacia lo que luego fueron llamados países, estados nacionales y/o sociedades nacionales. Para Agulla, el actual proceso de globalización tenía una fuerte analogía con el período del Renacimiento.

I. La Dimensión Histórica de la Globalización

Al tratar de ubicar los hitos de este proceso de transición, que varios autores llaman globalización o mundialización, tampoco hay acuerdos generalizados (Castells, 1995; Agulla, 1998; Beck, 1998; Bauman, 1999; Safranski, 2004; Sassen, 2002, 2010). Algunos de estos científicos sociales lo ven como parte de un proceso de mayor escala que se inicia en 1492 con las grandes expediciones marítimas, la conquista y posterior colonización de gran parte del mundo por parte de Europa. En el siglo XVI, en

Núremberg, fue construido el primer globo terráqueo. Es decir, se podía, al menos artificialmente, tener al mundo en las manos. Desde ese entonces cobró existencia un paralelo material, en forma de modelo físico, de la conciencia de lo global.

Otros, como Marshall McLuhan, sostenían ya en 1961 que los medios de comunicación electrónicos estaban creando una aldea global. Rüdiger Safranski, en 2004 destacaba que, aunque no hay una globalización sino muchas, es a partir de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima en 1945 que nació una comunidad global unida en el terror a un holocausto mundial como afirmaba Ulrich Beck (2008).

También se ha asociado el inicio de la globalización a la invención del chip (12 de septiembre de 1958), la llegada del hombre a la Luna cuando por primera vez la humanidad pudo dar una mirada al universo como una esfera azul y solitaria, que coincide con la primera transmisión mundial vía satélite (20 de julio de 1969), o la creación de Internet (1 de septiembre de 1969). Pero en general se ubica el comienzo de la globalización en la desaparición de la Unión Soviética y el bloque comunista que encabezaba. Si bien la autodisolución de la Unión Soviética se produjo el 25 de diciembre de 1991, se ha generalizado simbolizarla con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Indudablemente esta dispersión explicativa y cronológica no esconde el hecho sino que lo confirma: todo proceso histórico es multicausal, borroso en sus límites temporales y pasible de recortes algo arbitrarios.

Podría afirmarse entonces, siguiendo a Agulla, que lo que se llama globalización es un período histórico de transición caracterizado por la expansión de la cultura tecnocrática, la crisis de los Estados Nacionales y la aparición incipiente de un nuevo orden social mundializado. De esta manera, habría un deterioro del concepto de soberanía nacional provocado por la expansión de la cultura tecnológica, la mundialización de las finanzas y una paulatina desaparición del paradigma del borde y las fronteras.

Pero, el marco teórico de Agulla tiene la virtud de alertar sobre el riesgo de aceptar la premisa tranquilizadora de que el surgimiento de un nuevo orden implica simultáneamente la caída del anterior. La historia indica que pueden pasar siglos hasta que la suma de micro-procesos logre que el cambio radical efectivamente suceda y el nuevo orden se consolide haciéndose innegable. La teoría de Agulla es decididamente clásica y resulta abiertamente moderna si se la complementa con la agudeza de la mirada, sobre la sociedad actual, de Saskia Sassen.

Según Saskia Sassen (2010:20), en el debate acerca de la globalización queda claro que es en sí misma desnacionalización, es decir, las micro-transformaciones institucionales y subjetivas que genera el proceso de globalización dan como resultado un cambio significativo en la configuración de lo nacional. Este cambio puede ser percibido como una pérdida de poder de lo nacional respecto de las tendencias globales. Pero, afirma Sassen, no necesariamente el encuentro entre lo nacional y el proceso de desnacionalización culmina siempre en una pérdida ya que, incluso los regímenes globales, necesitan ingresar en el dominio de lo nacional-local para ser operativos y ejecutivos.

2. Los Procesos Históricos de Transición

Tal como afirman Agulla y Sassen, en todo tiempo la historia del hombre se caracterizó por el cambio. En tal sentido, cualquier época puede considerarse de transición. Sin embargo el mundo actual está viviendo un período de transformaciones sin precedentes en el pasado por su rapidez, intensidad y extensión. Por primera vez parece estar modificándose de manera sustancial la vida de las personas, en todas las latitudes

Así, hablar de sociedad mundial significa referirse a la totalidad de las relaciones sociales que no están integradas en la política del Estado Nacional ni están

determinadas a través de ésta. Aquí, como afirma Beck, la autopercepción juega un papel clave ya que nos muestra una sociedad mundial "percibida y reflexiva", aspectos que se tornan relevantes no sólo para la construcción del imaginario social sino que influyen en la propia conducta (Beck, 1998).

El concepto de globalidad, afirma el mencionado autor, enfatiza el hecho de que a partir de ahora nada de cuanto ocurra en el planeta podrá considerarse un suceso localmente delimitado, sino que los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y que las personas deberán reorientar y reorganizar vidas y quehaceres, así como las organizaciones e instituciones, a lo largo del eje local- global. El concepto de "glocalidad" ha sido inevitablemente incorporado al léxico transdisciplinar. Lo que permite un acercamiento sencillo, pero no simple, a la vivencia comprensiva de un mundo en transición.

Para Juan A. Lanús, la conciencia planetaria a la que accede la opinión de una gran parte de la humanidad a partir de las últimas décadas, otorga a las ideas y doctrinas sobre la globalización un protagonismo creciente. La comunicación masiva e instantánea, inicia una etapa revolucionaria en el mundo que aumentará aún más las posibilidades de conocer los valores y las diferentes percepciones de la realidad que existen en distintos lugares del planeta (Lanús, 1996:163).

Este proceso de transición, como ya se expresara, en la terminología de algunos autores es llamado "mundialización" y para otros significa "globalidad". Concretamente implica la consciencia de que ya hace mucho tiempo se vive en una sociedad mundial, donde no existen espacios cerrados. No hay ningún país o grupo social que pueda evitar ser influido por los demás y esto conlleva nuevos desafíos éticos y políticos (Mato y Otros, 1996; Touraine, 1998; Bauman, 1999; Briseño Linares, 2003; Cadenas, 2005; Grewal, 2008).

Se resalta, que es típico de la transición, la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas, lo que imprime un carácter particularmente conflictivo al proceso. Cuando los modelos opuestos equilibran sus fuerzas la tensión resultante es inevitablemente vivida como fragmentación, porque implica una continua ruptura con el pasado pero no presenta alternativas claras ni opciones conducentes. Es un proceso que no sólo tiende a dividir a personas y grupos, sino que penetra en la conciencia individual. Es más, el sujeto vive estos quiebres como riesgo, peligro e inseguridad.

Está tirantez, propia de los períodos de transición, es a veces percibida como un enfrentamiento entre lo local y lo global. Situación expresada por Rüdiger Safranski (2004) cuando se interroga sobre cuánta globalización puede soportar el ser humano. Fortalece la perspectiva de Agulla y Sassen al explicar que no hay una sola globalización sino que existen procesos globalizadores a menudo contradictorios entre sí. Safranski afirma que con la globalización el círculo de los sentidos, ampliado artificialmente a través de la prótesis mediática, se ha desligado por completo del círculo de la acción donde el globalismo es un síntoma de sobrecarga.

Globalidad significa, primero articulación y luego desarticulación de la que se es consciente. Hay un nuevo “deber ser” que la responsabilidad global implanta en las personas que perciben esta macro-escala. De un ser global se llega a un deber global.

El autor defiende la necesidad de personas articuladas y moralmente responsables de sus actos. Pero señala que a menudo las personas se ven superadas ante las exigencias de un todo –social, económico y simbólico– que resulta amenazante y devorador. Al mismo tiempo, cuanto más armónica sea la vinculación al lugar propio, tanto mayor será la apertura al mundo y la disposición selectiva para con ella. Según Safranski, es necesario que las personas afronten el desafío buscando juntas “*su claro en el bosque*” donde se aferre a cultivar el sentido de lo local y a no estar disponible para la histeria globalista de la conexión permanente e indiscriminada de todos con todo.

En síntesis, en los individuos, grupos, redes y comunidades llegan a coexistir actitudes, ideas, valores, pertenecientes a diferentes etapas, lo antiguo y lo nuevo conviven confusamente, en lo que se ha dado en llamar conciencia de globalización (Mato y otros, 1996). Esa globalización en la conciencia de la vida cotidiana se expresa a través de diferentes cuestiones que son contextuales, Internet, televisión vía satélite, correo electrónico, Mercosur, catástrofes climáticas, O.N.U., intervenciones militares llamadas humanitarias y otros variados dispositivos sociales y tecnológicos que integran la realidad social contemporánea.

Paradójicamente, la idea de globalización surge de una imposible homogeneidad planetaria por eso resultaría preferible pensar en globalizaciones. Porque, en realidad, las referencias a un mundo globalizado e interconectado incluyen a una pequeña proporción de la población mundial, ya que existe una enorme cantidad de individuos que quedan fuera. Es decir, no participan de la globalización. En las situaciones más

comunes, la padecen sin posibilidad de incidir en ella. Porque la otra cara de la globalización, que articula y homogeniza, es la desarticulación que excluye.

La globalización misma es un proceso desigual y asimétrico de una interconectividad sin fronteras que excede el fenómeno geográfico de lo planetario o de lo internacional, para constituir redes de contacto que son efímeras. Este nuevo sistema de organización material de las sociedades, donde los controles sociales pierden fuerza, los poderes políticos tradicionales se desdibujan, convive con el espacio de la cotidianeidad de la gran mayoría de las personas. Este espacio es cada vez más local. (Jones, 1999:3)

3. Diferencias de Expansión, Exclusión, Desarticulación

Enfatizar la idea de la globalización como un momento histórico de transición que se está desarrollando, con resultados de microcambios contrapuestos y contradictorios, permite incluir en el análisis de la globalización, la dimensión de la asincronicidad. La asincronía es entendida como la falta de integración de los diferentes momentos del cambio en las distintas sociedades y entre los grupos y estratos de una misma sociedad. No existe una sola globalización. Hay una tendencia a la globalidad conviviendo con distintos grados de interconexión, aislamiento y exclusión.

En otras palabras, no existe un cambio lineal, ni integral. Lo cual es evidente ya que, distintos sectores de una misma sociedad, pueden progresar y transformar el uso de la tecnología, normas, economía o modelo político a diferente velocidad y posiblemente en diversas direcciones. Analizando alguna sociedad particular se logra ver que, mientras la observancia de las normas morales relacionadas con la transparencia en los negocios puede dejar mucho que desear, la ciencia logra avanzar en forma acelerada.

En síntesis, las sociedades dentro de sus propios entornos siguen modelos desiguales de desarrollo, construyen distintas respuestas a los desafíos y posiblemente se orientan en función de los diferentes grados de madurez de sus miembros y de los contextos culturales que construyen.

Pero, aunque las sociedades recorran caminos diferentes a distinta velocidad y hacia destinos variados, pareciera que hay en esos recorridos algunas analogías y elementos comunes. Así, a pesar de interrupciones, de ritmos cíclicos de ascenso y descenso, las sociedades parecen avanzar de lo pequeño y simple a lo grande y

complejo. Con todo el respeto debido a las variaciones entre las sociedades, podría afirmarse que en los últimos tres siglos hubo una tendencia por la que transitaron casi todas ellas desde un tipo tradicional hacia un tipo moderno de organización. En un enfoque extremadamente simplificado se podría aceptar que todas se industrializaron y se urbanizaron.

Al mismo tiempo, el proceso de globalización, tal como se lo está presenciando, encubre una serie de cambios radicales en las esferas económicas, comunitarias y culturales de las distintas sociedades que dan lugar a dinámicas que abundan en contradicciones. Pero, muestran como respuesta nuevas articulaciones sociales.

3. Corrientes globalizantes, Ensamblajes y Funciones Redificadas

Esta transición se expresa como una aguda modificación de las funciones de los actores tradicionales junto con la creciente aparición de nuevos protagonistas que se manifiestan en espacios sociales difusos. Tal como afirmó Agulla (1999) la expansión de la cultura tecnológica dio lugar al surgimiento de nuevas unidades políticas que en algún sentido están prevaleciendo sobre las decisiones de los Estados Nacionales.

Los Estados, habían ordenado legalmente el sistema de expectativas del compromiso ciudadano, base del funcionamiento de todo mercado económico. Cuando se careció de esa garantía, las unidades políticas -de desarrollo incipiente- recurrieron a tratados, convenios y resoluciones internacionales para movilizar políticas que defendieran este ámbito de sus interacciones. Estas unidades políticas, como la Unión Europea, la Federación Rusa, el MERCOSUR, son instancias emergentes de los reclamos de un mercado que, por las características de su funcionamiento, superaban los límites soberanos y jurisdiccionales de los Estados Nacionales y se comenzaban a ensamblar y redificar.

Necesariamente comenzaron a surgir normas políticas universales fijadas por organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM) y Organización Mundial del Comercio (OMC). Estos organismos coexisten con otros peculiares espacios de poder, que enmarcan lugares formalizados de decisiones geopolíticas, como el Grupo de los Ocho (G8), el Grupo de los Veinte (G20), Grupo Setenta y Siete (G77). En todos los casos son encuentros cumbres donde se fijan acuerdos macro políticos. Por otra parte, regularmente se organizan diferentes reuniones entre grandes grupos económicos. Cada año en Davos, en el marco del

Foro Económico Mundial, se conocen, y debaten las políticas de entidades globalizadoras como el FMI, BM, o la OCDE.

Como resultado de esta transnacionalización de la economía y de las decisiones que la acompañaron, se ha constituido hoy una red global de intercambios económicos y financieros que, a semejanza de la Web, trasciende las fronteras nacionales, se estructura en torno a un número limitado de nodos metropolitanos estratégicos, y sobre la cual los Estados Nacionales no ejercen más que un control marginal. Pero también se ha reconfigurado el espacio social, siguiendo las líneas de fractura diseñadas por el proceso de transnacionalización, el cual, más allá de la redistribución de las actividades económicas a escala planetaria, redistribuye también la riqueza y el poder, según nuevos parámetros del mercado.

Conviene aclarar que la idea de mercado tiene, para Agulla, un condimento distinto de aquel sugerido tradicionalmente por los economistas. El mercado sería para el autor un ámbito más definido por la cultura tecnológica que por la economía. *“Se trata de ideas, valores, principios y personas que no son solamente objeto de venta o compra. A partir de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre por la ONU, ha comenzado a emerger una nueva legitimación de eso que llamamos “mercado” es decir, un ámbito de expectativas de comportamiento garantizados por un orden, en este caso de carácter ético porque está por encima de la legitimación legal de los Estado Nacionales.”* (Agulla, 1998:15)

Como ya se expresara, surge una aparente disolución de las fronteras, una desaparición de los bordes, donde las funciones que hacían de los Estados Nacionales -los principales garantes del pacto social- están sufriendo una metamorfosis decisiva.

El rol del Estado como referente en la construcción de identidad es cada vez más restringido. Nuevas instancias, estarían desplazando a los viejos referentes empleados en la creación del vínculo social, como lo local, el trabajo, la clase, la adscripción étnica o racial.

Frente a la incertidumbre de los procesos de transición se observa la reacción de algunos Estados Nacionales tomando medidas adecuadas e innovadoras y a otros, con temor, fijando políticas francamente represivas y antidemocráticas. Cabe citar a Comte que manteniendo una enorme actualidad afirmaba en 1822 *“Hay que considerar de la misma manera las pasiones desarrolladas en las diversas épocas por las clases dirigentes. En los tiempos de madurez, las fuerzas sociales preponderantes*

son generosas, por necesidad, puesto que ya no tienen nada que adquirir y no temen todavía perder. Únicamente cuando se manifiesta su decadencia es cuando llegan a hacerse egoístas, porque todos sus esfuerzos tienen por objeto conservar un poder cuyas bases están destruidas.” (Comte.1997:156)

Para Briceño Linares (2003) es natural que exista una fuerte dicotomía en la valoración de los temas asociados con la globalización. Algunas perspectivas afirman que hay que ir más allá de los cambios en la función del Estado. Hay que observar que se avanza lentamente hacia un proceso de homogenización impulsado por corporaciones transnacionales, que modifica los modos de vida y los referentes simbólicos de individuos y comunidades. Según otras perspectivas, junto a esta expansión mundial de patrones estandarizados avanzan tendencias reactivas que apuntan a la defensa de las particularidades y actúan de manera complementaria con nuevos actores y movimientos sociales.

4. Nuevos Actores y Movimientos Sociales

Estas acciones reactivas han dado lugar al surgimiento y la visibilización de otros actores sociales. Por ejemplo, el llamado movimiento antiglobalización, surgió en torno a 1996 en Seattle (EE.UU), bajo el lema “Otro mundo es posible” y adquirió dimensiones considerables. Los objetivos y las pretensiones de los grupos antiglobalización tienen diversos matices. Sin embargo podría aceptarse que, en lo fundamental, los activistas antiglobalización exigen una sociedad más justa, el control del poder ilimitado de las multinacionales, la democratización de las instituciones económicas mundiales y la distribución más equitativa de la riqueza. Sus planteos confrontan de manera sistemática con la postura de las corporaciones multinacionales, alineadas con las grandes organizaciones económicas y políticas internacionales, fundamentalmente el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)”. En cualquier caso, como afirma Sánchez Solano (2006) hay un hecho que es indudable: el número de acuerdos internacionales y de organizaciones internacionales creció de forma exponencial⁴.

Así entendido, este proceso general de cambio tiene su correlato espacial ya que existe una transformación creciente del espacio que se está dando en todas las sociedades en la medida en que se articulan lentamente en un sistema global.

⁴ El autor brinda un dato ilustrativo: a principios del siglo XX había solamente 30 organizaciones internacionales, número que se incrementó hasta 70 en el año 1940, y a principio de los 90 este número superaba los 1.000.

La tradicional soberanía interna y operativa del Estado –relacionada con el espacio territorial– se está viendo modificada y reducida por los ámbitos sub-estatales, entre los que destacan, en primer lugar, las *regiones*, que desde los años ochenta han ganado un creciente protagonismo, y, en segundo lugar, lo que Saskia Sassen (1991) denomina *ciudades globales*, que son las grandes metrópolis como Nueva York, París o Londres y, en el caso argentino, Buenos Aires.

De esta manera, junto a la dicotomía homogenización-diversificación, también se plantea la ya mencionada tensión entre lo local y lo global. La pugna entre tendencias a la adopción mundial de modelos globales y la persistencia de soluciones locales está siendo hoy pensada no a través de oposiciones tajantes, sino de imbricaciones y retroalimentaciones mutuas.

Junto a estos cambios surgen denominaciones que acompañan y espejan estos procesos, como aquella ya instalada en el imaginario “sociedad red”.

Según Escobar (2010), y es central en la teoría de Castells (2005) sobre la sociedad de redes, no es suficiente diferenciar lo local de lo global se debería realizar otra distinción entre el espacio de flujo y el espacio de los lugares. El primero –las estructuras espaciales relacionadas con los flujos de información, símbolos, capital, etc– estaría compuesto de nodos flexibles y el espacio de los lugares con ejes organizados jerárquicamente según la importancia de las funciones que desempeñan. Esta esquizofrenia estructural podría evitarse sólo construyendo puentes entre las dos lógicas espaciales, la de los flujos y la de los lugares. Desde una perspectiva globalocéntrica, el poder reside en flujos y nodos estratégicos. Escobar, sin embargo, enfatiza la importancia de la democratización del espacio de los lugares, y no es casual que los movimientos sociales afirmen la centralidad del lugar en la construcción de las sociedades.

Al mismo tiempo, a estas disyuntivas sobre el espacio, el territorio y los lugares se une la preocupación por los nuevos procesos de exclusión -social, económica y simbólica- que está generando la globalización. Desde perspectivas críticas, se alude a la desigualdad de acceso mundial a los bienes materiales y culturales y se cuestiona la idea de una supuesta democratización de la comunicación y la información.

Como se señalara anteriormente, mientras se integra a ciertos países, ciudades y grupos sociales, se excluye y condena a la marginación a vastas regiones y habitantes del globo.

Son pocos los países prósperos del planeta, ubicados en pequeñas geografías modernas y desarrolladas, mientras una amplia mayoría se debate en situaciones de crisis, de carencias, sumadas en algunos casos a la pobreza extrema y la violencia.

Los marcos valorativos y actitudinales conocidos han cambiado y la comprensión de estas dimensiones inéditas constituye una enorme provocación. Para algunos implica además un fuerte compromiso con la inclusión y la justicia, que excede ampliamente la responsabilidad político secular de la participación en la cosa pública a través del voto, y obliga a trabajar en la construcción de esa polis.

En consecuencia, estos paisajes globalizados, estos nuevos actores sociales, plantean problemas de comprensión y cuestionan la persistencia misma de algunas de las ideas vigentes respecto de lo social. Realizar un análisis propositivo de estas mutaciones implica aceptar la complejidad de los tiempos de transición y paralelamente asumir la responsabilidad de pensar el cambio como un proceso abierto y hacer el esfuerzo, tal como proponía Agulla, de su conceptualización y comprensión. No se puede sostener, ni mejorar, aquello que no se conoce.

Mercedes Jones

Buenos Aires, 2011.